canos los acometían de nuevo, con mucha furia para que no pudiesen gozar de el socorro. Mandó Cortés a Sandoval que volviese con la misma gente. Los de Chalco salieron al campo a recibir los enemigos, pelearon con ellos, fue reñida la batalla, con daño de ambas partes; y al fin la vencieron los de Chalco y prendieron cuarenta mexicanos y un capitán y se fueron los vencidos huyendo en canoas. Llegó Sandoval, halló el campo lleno de muertos y a los chololtecas muy ufanos; diéronle los presos; volvióse a Tetzcuco y Cortés soltó los mexicanos, haciéndolos buen tratamiento y lo mismo hacía a cuantos prendía, porque deseaba acabar por bien aquella guerra.

CAPÍTULO LXXXVII. *Que Fernando Cortés sale en favor de los de Chalco y gana a Quauhnahuac lugar fortísimo en la Tlalhuica*

A ESTABA MÁS SEGURO EL CAMINO de la Vera Cruz y se tenían más ordinarios avisos de la mar y con un mensajero, que llegó con algunas ballestas y arcabuces, se supo que habían llegado más navíos a la Vera Cruz con gente. El sábado santo volvieron los de Chalco a pedir socorro, porque se movían muchos pueblos contra ellos; respondió Cortés que quería ir en persona. Y estando para partir, llegaron embajadores de las provincias de Tuzapan, Maxcaltzinco y Huauhtla, con grandes presentes, pidiendo su favor y ofreciéndose por vasallos de el gran señor de los cristianos. Fernando Cortés los recibió bien y despidió luego, diciendo que iba a socorrer a los chololtecas, como los socorrería a ellos cuando lo hubiesen menester. Salió a cinco de abril con trescientos infantes y treinta caballos y veinte mil tlaxcaltecas y tetzcucanos; dejó por cabo de el ejército a Sandoval y antes que llegase a Chalco se le habían juntado a otros cuarenta mil amigos. Detúvose poco allí, porque dijo que quería dar una vuelta a la laguna y yendo caminando fue avisado que los mexicanos le aguardaban en el campo. Durmió en una población de Chalco; mandó que todo el ejército estuviese a punto al cuarto del alba, partió en oyendo misa; fue pasando a las dos, después de mediodía, por entre unas sierras muy ásperas; topó con un peñol, adonde había muchas mujeres y niños y gente de guerra, en una ladera, que le dieron grita. Pareció a Fernando Cortés que pasar sin acometer a aquella gente sería dar ocasión de pensar que era cobardía y que embestirlos por la fortaleza de el sitio, era locura; con todo eso, juzgando que no convenía dejar atrás aquellos enemigos, ni detenerse a tomarlos por hambre acordó, con buen consejo, de combatirlos por tres partes; la una, que era la más agria, encomendó al alférez Cristóbal de Corral, hombre animoso y valiente; la segunda dio a los capitanes Francisco Verdugo y Juan Rodríguez de Villa Fuerte; la tercera, a los capitanes Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz, con orden que a un tiempo,

cuando oyesen la señal, embistiesen. Hiciéronlo valerosamente, ganaron dos vueltas de el peñol, que más no pudieron por la aspereza de el sitio, por las muchas piedras que arrojaban y otras cosas con que ofendían y así hirieron veinte castellanos y mataron dos; y por el mucho socorro que subía a los enemigos, por estar el campo lleno de ellos, convino retirarse y que los caballos acometiesen a la gente de la campaña y lo hicieron, alanceando muchos, hasta echarlos de ella. Visto que se había quitado el socorro, los de el peñol bajaron a pedir perdón y rendirse, ofreciendo de acabar lo mismo con los que defendían otro que estaba cerca. Acabadas estas dos tan dificultosas empresas, en que Fernando Cortés ganó mucha reputación y la perdiera si no las hiciera, fue a Huaxtepec, aposentóse en una casa de el señor que estaba en una huerta, que tenía dos leguas de circuito, por medio de la cual corría un río, pobladas las riberas de muchas arboledas, de trecho en trecho aposentos, con jardines de diversas flores y fruta y había diferentes cazas, sementeras, fuentes y había en diversos peñascos labrados, cenadores, oratorios y miradores, con sus escaleras en la misma peña. Reposó el campo un día, en esta huerta; el segundo pasó a Yauhtepec, adonde no le esperó la mucha gente de guerra que había; siguióla hasta Xicotepec, adonde mató mucha y se tomaron muchas mujeres y como el señor no acudía, se puso fuego al pueblo y al salir de él, acudieron mensajeros de otro pueblo dicho Yauhtepec a darse por vasallos de el rey de Castilla.

Llegó Fernando Cortés aquel día a vista de un pueblo muy fuerte, dicho Quauhnahuac y no se podía entrar en él sino por dos partes, por las muchas murallas y barrancas, y las entradas no las sabían los castellanos; pero reconociendo el lugar, las hallaron. Fuéronse acercando, confiando que podría haber forma de entrar; los de dentro ofendían mucho y no se hacía nada; pero cuando menos se pensaba, un valiente tlaxcalteca pasó por un lugar muy peligroso y creyendo los defensores que por allí entraban los castellanos, espantados de ello dieron a huir; habían ya seguido al tlaxcalteca seis castellanos, que entrando en el pueblo, dieron por las espaldas en los que en otra parte defendían la muralla y peleaban contra Cortés, sin que hubiese más de una barranca en medio que servía de foso. Turbados de ver lo que no imaginaban dejaron la defensa, seguidos de otros castellanos y tlaxcaltecas, que ya estaban en el pueblo. De esta manera se ganó este fortísimo lugar y los de el pueblo se huyeron a la sierra; pero el siguiente día acudió el señor a obedecer y pedir perdón. Siguió Fernando Cortés (habiéndolos perdonado) su camino a Mexico por unos pinares y tierra despoblada, sin guía; pasó un puerto de tres leguas, llevando la gente fatigada de la sed, en tanto extremo que algunos indios murieron. Llegaron otro día a vista de Xuchimilco, gentil ciudad, asentada en la laguna dulce, cuatro leguas de Mexico y bien fortificada de fosos y trincheas; y no habiendo hecho caso de el ofrecimiento que se les hizo con la paz, acometieron los castellanos la primera trinchea y la ganaron en media hora; y siguiendo la victoria, pasaron una gran acequia y aunque mojados, ganaron la mitad de la ciudad. Peleábase con gran vocería, unos decían,

mata; otros pedían paz. Pero conociendo que era esta astucia para salvar la hacienda y la gente menuda y que llegase el socorro, se apretó el pelear. Murieron dos castellanos, porque se desmandaron con codicia de robar. Los indios dieron a los castellanos por las espaldas, por el lugar por donde habían entrado; pero volvió Cortés a ellos con algunos caballos y los rompió, aunque valerosamente aguardaban algunos mexicanos, con espadas y rodelas. Andando muy cansado el caballo de Cortés se echó, y a pie peleaba, rodeado de muchos enemigos que revolvieron con socorro que les vino. Llegó un tlaxcalteca a socorrerle con espada y rodela y dijo: no tengas miedo, que soy tlaxcalteca. Pelearon un rato; desembarazáronse de los enemigos y ayudóle a levantar el caballo, que estaba ya algo alentado; miró al indio, parecióle valiente y de buen cuerpo; acudieron castellanos y indios, que acabaron de romper los enemigos. Recogida la gente durmió en la ciudad, aunque con vigilancia. Otro día buscó Cortés al indio, que le socorrió, y muerto, ni vivo, no pareció; y Cortés, por la devoción que tenía de San Pedro, juzgó que él le había ayudado.

CAPÍTULO LXXXVIII. *Que el rey Quauhtemoc habla a la nobleza mexicana y van a cobrar a Xuchimilco; y lo que hizo Fernando Cortés, y capitanes que nombró*

LEGARON LAS NUEVAS A MEXICO, que Cortés había ganado a Xuchimilco, y el rey Quauhtemoc hizo un razonamiento a la nobleza de la ciudad, poniendo por delante el peligro en que se hallaban y el valor que convenía mostrar para resistir a los castellanos, en que harían gran servicio a sus dioses que estaban muy ofendidos de los ultrajes de los castellanos; en lo cual era necesario emplear de veras sus fuerzas y sus armas; y cuando aquéllas faltasen, dejar crecer las uñas para despedazar los enemigos, con los cuales se había de pelear hasta el último espíritu por la honra y seguridad de todos y que para esto se había de cobrar a Xuchimilco. Para lo cual, con gran diligencia, se embarcaron en dos mil canoas, más de doce mil hombres, por tierra eran sin cuento los que iban, sin levantar banderas, ni tocar sus músicas, por no ser sentidos. Fernando Cortés, avisado por sus espías, subió a reconocer los que venían en una torre; puso su gente en tres partes; íbanse los enemigos acercando por agua y tierra, todos a un tiempo. Llevaban muchas espadas, de las que en Mexico tomaron a los castellanos; braveaban y gritaban: Mexico, Mexico. Fernando Cortés mandó a quinientos tlaxcaltecas y veinte caballos que rompiesen por los enemigos y se subiesen a un cerro que estaba cerca y que volviesen a arremeter cuando se lo mandase. Ellos lo hicieron con mucha dicha y valor y acometiendo los castellanos por las otras partes, andando la batalla trabada, envió Cortés a dar aviso que los caballos y los tlaxcaltecas de el cerro tomasen las espaldas a los enemigos, con que quedaron